

LA SERPIENTE CÓSMICA



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100% del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

LA SERPIENTE CÓSMICA

LA ALUCINANTE HISTORIA DE LA AYAHUASCA, EL ADN
Y LOS ORÍGENES DEL CONOCIMIENTO

JEREMY NARBY

TRADUCCIÓN DE ALBERTO CHIRIF



errata naturae

ÍNDICE

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2021
TÍTULO ORIGINAL: *The Cosmic Serpent*

© Jeremy Narby, 1998
© de la traducción, Alberto Chirif, 2021
© Errata naturae editores, 2021
C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-79-6
DEPÓSITO LEGAL: M-10438-2021
CÓDIGO BIC: DN
IMAGEN DE PORTADA: Laura Agustí Bañolas
MAQUETACIÓN: Sara Pintado
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

PRIMERA PARTE	9
1. LA TELEVISIÓN DE LA SELVA	11
2. LOS ANTROPÓLOGOS Y LOS CHAMANES	23
3. LA MADRE DE LA MADRE DEL TABACO ES UNA SERPIENTE	37
4. UNA PEQUEÑA REVELACIÓN EN RÍO DE JANEIRO	59
SEGUNDA PARTE	71
5. ESTEREOGRAMAS	73
6. CORRESPONDENCIAS	97
7. MITOS Y MOLÉCULAS	125
8. LOS OJOS DE LA HORMIGA	153
9. EMISORES Y RECEPTORES	173
10. EL ÁNGULO MUERTO DE LA BIOLOGÍA	195
11. ¿POR QUÉ HAS TARDADO TANTO?	213
Notas	235
Bibliografía	273

PRIMERA PARTE

LA TELEVISIÓN DE LA SELVA

La primera vez que un asháninca me dijo que para conocer las propiedades medicinales de las plantas hay que tomar una bebida alucinógena, creí que me estaba tomando el pelo. Estábamos en plena selva, acurrucados al lado de un arbusto cuyas hojas, según me explicó, permitían curar la mordedura de una serpiente con un veneno letal. «Bebiendo ayahuasca uno aprende estas cosas», concluyó. Cuando le miré a los ojos, me di cuenta de que no bromeaba.

Esto ocurrió a comienzos de 1985 en la pequeña aldea de Quirishari del valle del Pichis, en plena Amazonia peruana. Por entonces yo era un joven hombre blanco de veinticinco años, y acababa de comenzar una investigación de dos años sobre el terreno con el objetivo de obtener un doctorado en Antropología en una prestigiosa universidad estadounidense. Mi formación y mis lecturas

me habían llevado a esperar que los indígenas contasen este tipo de historias abracadabrantas, y pensaba que mi trabajo como antropólogo consistía en descubrir, un poco a la manera de un detective privado, qué se escondía de verdad tras ellas.

Durante todo el tiempo que duró mi estudio de campo sobre la cultura asháninca, los habitantes de Quirishari me remitieron de forma recurrente al mundo alucinatorio de los ayahuasqueros o chamanes. En cualquier tipo de conversación, ya tratara esta de la flora, la fauna, la tierra, el territorio o los elementos naturales, siempre acababan refiriéndose a los ayahuasqueros como fuente primera de su saber. Y, mientras tanto, mi pregunta seguía sin respuesta: ¿cómo podía interpretar estas declaraciones para comprender su verdadero significado?

Por entonces ya había leído (con placer e interés) varios libros de Carlos Castaneda sobre el uso que un «brujo» yaqui hacía de las plantas alucinógenas. Sin embargo, sabía que, en el ámbito académico de la antropología, Castaneda había sido desacreditado, acusado por unos de hacerse eco de un discurso inverosímil, y por otros tanto de cometer plagio como de tener demasiada inventiva¹. Si bien jamás se le ha reprochado el hecho de haberse acercado demasiado a su tema, la advertencia tácita era esta: un estudio de los alucinógenos indígenas desarrollado a partir de una experiencia subjetiva podría generar problemas con la profesión. Desde esta perspectiva, en 1985 los ayahuasqueros suponían para mí un mundo repleto de sombras que estaba deseando dilucidar.

Además, mi objeto de estudio (la utilización que hacen los asháninca de los recursos naturales en el valle del Pichis) no era en absoluto neutro. En efecto, a comienzos de los años ochenta, el Gobierno peruano se había lanzado, con el apoyo de grandes organismos internacionales dedicados a la cooperación y al desarrollo, a la colonización de los territorios indígenas en los flancos orientales de la base de los Andes. El proyecto, que partía de la idea de que existían inmensos terrenos «deshabitados» que demandaban recuperar su valor para el progreso del país, tenía como objetivo emprender «la conquista de Perú por los peruanos». Para los expertos de la época, el desarrollo consistía en talar la selva tropical y transformarla en pastos para el ganado. Cuando se les argumentó que esos territorios estaban habitados desde hacía milenios y que, en ciertos casos, el umbral de explotación equilibrada había sido alcanzado ya por la población existente, alegaron que los pueblos indígenas «utilizaban los recursos de manera irracional» y que la confiscación de sus tierras se justificaba desde un punto de vista económico².

Pertrechado con el idealismo de mi juventud, yo había concebido un proyecto de investigación que, además, pretendía ser útil para los sujetos que formarían parte del estudio. Mi intención era realizar un análisis económico, cultural y político que demostrara la naturaleza racional del uso que los asháninca hacen de la selva. A mi modo de ver, mis conclusiones contribuirían, de una u otra manera, a su lucha por obtener el reconocimiento oficial de sus terrenos y los títulos de propiedad sobre los mismos. Sin

embargo, llamar la atención sobre el origen alucinatorio del conocimiento ecológico indígena, tal como los propios asháninca defendían, habría sido contraproducente para mi propuesta.

Después de dos meses de trabajo de campo, mi proyecto sufrió un revés inesperado. Me había ausentado de Quirishari para ir a Lima a renovar mi visado. A mi regreso, enseguida me di cuenta de que me recibían de una forma distante. Al día siguiente, en una reunión informal que tuvo lugar frente a la casa donde me alojaba, el malestar se hizo evidente. Me preguntaron si era verdad que solo había ido a su aldea para conseguir el título de doctor y si, después, regresaría de inmediato a mi país. La cuestión me sorprendió, pues yo tenía la costumbre de usar la palabra «antropólogo» y no «doctor» para describir mi futura profesión, a fin de evitar toda confusión con la noción de «médico».

Lo que había sucedido es que una delegación del proyecto gubernamental de cooperación y desarrollo, el Proyecto Especial Pichis Palcazu, había ido a la aldea aprovechando mi viaje para averiguar qué era lo que hacía yo allí. Como respuesta, los habitantes de Quirishari les habían enseñado mi muestrario de plantas medicinales. Entonces, los empleados del Gobierno les acusaron de comportarse como unos completos ingenuos. ¿Ignoraban acaso que mi única intención era recabar la información necesaria para ser doctor y regresar a toda prisa a mi país, donde haría fortuna gracias a sus plantas medicinales?

Por supuesto, la realidad era que me dedicaba a inventariar esas plantas para demostrar que la selva tropical virgen, que parecía «inútil» para los expertos que la sobrevolaban en avioneta, es, entre otras cosas, una inmensa farmacia para los ashánincas. Esto fue lo que les expliqué a los habitantes de Quirishari aquella misma mañana. En cualquier caso, sabía que en ese momento cualquier tentativa de aclaración no haría más que confirmar sus sospechas (al fin y al cabo, no dejaba de ser cierto que, una vez presentara mi tesis ante un tribunal universitario, si todo iba bien, sería en efecto «doctor»). No me quedaba otra que cortar por lo sano: abandoné mi proyecto de recolección de plantas medicinales y entregué lo que tenía hasta la fecha al archivo de la escuela primaria de la aldea. Por suerte, la propuesta fue acogida con alivio y la tensión se esfumó de inmediato. Aunque con esa decisión se desvanecía también una de las bases empíricas sobre las cuales pensaba edificar mi tesis: el uso racional que los asháninca hacían de sus recursos.

Al cabo de cuatro meses abandoné Quirishari para pasar una temporada en la comunidad vecina de Cajonari, situada a unos diez kilómetros a pie a través de la selva. Varias personas me habían dado a entender que no era justo que Quirishari tuviera el monopolio del antropólogo que daba cursos de «contabilidad» (se trataba, de hecho, de unas lecciones informales de aritmética que había comenzado a impartir por petición expresa de los lugareños).

La acogida en Cajonari fue muy calurosa. Nada más llegar, pasamos varias veladas bebiendo cerveza de yuca

(*masato*), mientras los vecinos contaban historias y cantaban para mi grabadora. Durante el día practicábamos aritmética, trabajábamos en las huertas o repasábamos las grabaciones de la noche anterior. Por supuesto, todo el mundo quería escuchar su propia «actuación».

Una noche, la charla de la media docena de hombres que se había reunido a beber *masato* en la penumbra del porche de una casa se centró en el asunto del «desarrollo». Era un tema recurrente desde la llegada al valle de la delegación del Proyecto Especial Pichis Palcazu, con su presupuesto de ochenta y seis millones de dólares. En general, los asháninca sentían frustración al respecto, pues se les reprochaba que no eran capaces de producir nada y que no sabían «trabajar para el mercado», aun cuando sus huertas rebosaban y casi todos soñaban con ganar, al menos, un poco de dinero.

Comentamos las diferencias entre la agricultura asháninca y la «moderna». Para entonces yo ya había comprendido que, a pesar de su aparente desorden, las huertas indígenas eran obras maestras de la policultura que contenían hasta setenta plantas diferentes mezcladas de manera compleja, pero jamás inocente o azarosa. En el curso de aquella conversación elogí sus prácticas tratando de demostrarles, entre otras cosas, mi asombro frente a su sabiduría botánica. Aproveché también para lanzarles esta pregunta: «¿Cómo aprendisteis todo esto?». Un hombre llamado Ruperto Gómez me respondió: «Hermano Jeremías... Para entenderlo de verdad, tienes que tomar ayahuasca».

Mis orejas se alzaron como las de un perro. Sabía que la ayahuasca era el alucinógeno que consumían los pueblos indígenas de la Amazonia Occidental. Ruperto, que no rechazaba ninguna de las calabazas llenas de *masato* que nos íbamos pasando, continuó en tono confiado: «La ayahuasca es la televisión de la selva. Gracias a ella puedes ver imágenes y aprender cosas». Esbozó una pequeña sonrisa, pero nadie rió. Y concluyó: «Si quieres probarla, yo puedo ayudarte».

Respondí que estaba muy interesado. Entonces él se lanzó a hacer una comparación entre mi ciencia «contable» y su ciencia oculta. Me contó que, para formarse como ayahuasquero, había pasado una temporada con los shipibo, vecinos del norte, famosos por el poder de su medicina. En el proceso, pasó largos meses en la selva sin comer más que plátanos, yuca y corazones de palmera, e ingiriendo grandes cantidades de plantas alucinógenas bajo la tutela de un ayahuasquero shipibo.

Por mi parte, reconozco que yo tenía ciertos prejuicios con respecto al «chamanismo». Así, imaginaba al «verdadero chamán» como un viejo sabio, generoso e iluminado—un poco como el personaje de Don Juan en los libros de Castaneda—. Y aquel hombre se alejaba bastante de esa imagen. Pero, como ningún viejo sabio había salido de la selva para iniciarme, yo tampoco estaba en disposición de hacerme el interesante. Ruperto se había ofrecido de forma espontánea, pública y en términos de reciprocidad—yo debía, a cambio, darle unas lecciones «avanzadas» de contabilidad—. Acepté, pues, su propuesta, aunque en

aquel momento no descarté que se esfumara junto con los efectos del *masato*.

Dos semanas más tarde, cuando yo estaba ya de regreso en Quirishari, Ruperto se presentó para recibir su primera clase. Antes de marcharse, me dijo: «Volveré el sábado próximo con lo que hemos hablado. Tienes que prepararte el día anterior: no comas nada con sal ni grasa, solo un poco de yuca hervida o asada».

El día acordado, apareció con una botella llena de un brebaje rojizo. Una vieja coronta de maíz hacía las veces de corcho. No había seguido sus instrucciones al pie de la letra porque, en el fondo, creo que no me tomaba el asunto muy en serio. La idea de evitar ciertos alimentos me parecía más propia del ámbito de la superstición que del de la realidad bioquímica. De hecho, mi comida del mediodía había consistido en un filete de venado ahumado con yuca frita.

Además de a mi sesión, Ruperto iba a supervisar la toma de ayahuasca de dos personas más. Cuando se puso el sol, éramos cuatro los que nos encontramos sentados en el suelo de una casa tranquila y un tanto apartada. Ruperto se encendió un cigarrillo que había liado en una hoja de cuaderno y anunció: «Este es toé». Pidió que nos lo pasáramos, para que todos le diéramos unas caladas. Si hubiera sabido que se trataba de una clase de datura, quizás no habría inhalado el humo con tanta tranquilidad... El toé era dulce, solo el sabor del papel resultaba algo desagradable.

Luego, cada uno se bebió una taza de ayahuasca. Se trataba de un líquido tremendamente acre y amargo, con

cierto gusto a raíces. Unos treinta segundos después de habérmelo tragado me asaltaron las primeras náuseas.

La siguiente descripción está basada en las notas que tomé el día posterior. Primero, Ruperto nos «sopló» un agua perfumada y nos echó el humo de su tabaco (un tipo de tabaco salvaje que se considera sagrado). A continuación, se sentó con nosotros y comenzó a silbar una melodía de una belleza inusitada.

En aquel instante yo ya veía curiosas imágenes calidoscópicas, pero no me encontraba bien. Así que me levanté para ir a vomitar. Tras eliminar los restos del venado y la yuca frita, regresé a mi sitio, aliviado. Ruperto me explicó que lo más probable era que también hubiese echado la ayahuasca y me propuso que me bebiera otra taza. Acepté. Después de tomarme el pulso, dictaminó que me encontraba en condiciones para tomar esa segunda dosis, que ingerí al punto.

En la oscuridad, mientras volvía a sentarme en el suelo, escuché su melódico silbido de nuevo. Las imágenes inundaban mi cabeza. En mis apuntes las describo como «extrañas o espantosas: un agutí que me enseñaba los dientes ensangrentados; serpientes multicolores, luminosas y centellantes; un policía mal encarado; mi padre contemplándome con aire preocupado».

Al poco me encontré atrapado por lo que supuse que eran dos gigantescas boas. Estaba aterrado. «Tengo los ojos cerrados y veo un mundo espectacular de luces brillantes, y en el laberinto de mis pensamientos las serpientes comienzan a hablarme sin palabras. Me explican

que no soy más que un ser humano. Siento mi espíritu quebrarse, y a través de la grieta percibo la arrogancia sin fondo de mis prejuicios. En efecto, no puedo negar que no soy más que un ser humano y que la mayor parte del tiempo tengo la sensación de comprenderlo todo, mientras que ahora me encuentro ante una realidad más poderosa, que no entiendo, y que incluso, en mi engreimiento, ni siquiera sospechaba que existiese. La enormidad de estas simples revelaciones me da ganas de llorar, pero se me cruza la idea de que toda esta autocompasión no es sino parte de mi arrogancia. Siento tal vergüenza que no oso siquiera seguir teniendo vergüenza. No obstante, debo vomitar de nuevo».

A continuación me levanté, desorientado por completo y pidiendo sinceras disculpas a las serpientes fluorescentes. Las sorteé como un funámbulo ebrio y me dirigí hacia el árbol que se encontraba al lado de la casa.

Es cierto que ahora puedo relatar —más o menos— esa experiencia, pero en aquel momento el lenguaje como tal me parecía del todo insuficiente. Traté de describir lo que veía, pero la mayor parte del tiempo las palabras no ligaban con las imágenes. Esta situación me resultó tan turbadora como si mi última atadura con la «realidad» hubiese quedado cortada. Sin embargo, comprendía mis sentimientos sin ningún problema, «pobre ser humano insignificante que ha perdido su lenguaje y se apiada de sí mismo».

Hasta entonces jamás me había embargado una sensación de humildad tan profunda. Me apoyé en el árbol

y vomité de nuevo. En asháninca, ayahuasca se dice *kamarámpi*, del verbo *kamarank*, vomitar. Cerré los ojos y todo se volvió rojo. Vi el interior de mi cuerpo, también rojo. «No vomito un líquido, sino un color, rojo eléctrico, como la sangre. Me duele la garganta. Abro los ojos y siento presencias a mi lado, una oscura a mi izquierda, a un metro sobre mi cabeza, y otra más clara a mi derecha. Estoy girado hacia la izquierda, no me molesta la presencia oscura. Pero me sobresalto cuando soy consciente de la clara, y me vuelvo para mirarla. No llego a distinguirla con la vista. Me encuentro tan mal y tengo tan poco control sobre mi pensamiento que no siento deseos de verla. Eso sí, conservo suficiente lucidez para saber que no es sangre lo que vomito. Después de un instante me pregunto qué debo hacer. Me abandono a las instrucciones que parecen venir del exterior (¿de la presencia oscura?): ahora toca vomitar, ahora toca escupir, sonarse la nariz, enjuagarse la boca, no tragar agua. Tengo sed, pero mi cuerpo me impide beber».

En un momento dado, en medio de estas abluciones, levanto la cabeza y veo a una mujer asháninca vestida con una larga toga tradicional de algodón (*cushma*) que se detiene a unos siete metros de mí. Parece levitar por encima del suelo. La distingo en la oscuridad, que se ha vuelto luminosa. La luz se asemeja a la de la «noche americana» de ciertas películas, es decir, una suerte de filtro oscuro para hacer creer que el día es noche. Mientras contemplo a esa mujer, que me observa en silencio en esta noche súbitamente clara, me quedo de nuevo anonadado al intuir la

familiaridad de esta gente con una realidad que trastorna mis axiomas y de la cual era por completo ignorante.

«Todavía muy confundido, estimo que ha acabado todo, e incluso me enjuago la cara y regreso maravillado por el mero hecho de haber vivido esto. Me alejo del árbol, de las dos presencias y de la mujer flotante, y vuelvo con el grupo. Ruperto me pregunta: “¿Te han explicado que no debes beber agua?”, a lo que respondo afirmativamente. “¿Estás mareado?”. Lo estoy. Me siento y él retoma su canto. Nunca había escuchado una música tan bella, pequeños estremecimientos sonoros y esa voz tan alta, en el límite del gorjeo. La sigo y retomo mi vuelo. Me desplazo por el aire, cientos de metros por encima de la tierra y, al mirar hacia abajo, diviso un planeta blanco por completo. De golpe, su voz calla y me encuentro de nuevo abajo, diciéndome: “No es posible que esto se detenga ahora”. No veo más que imágenes confusas, con cierto contenido erótico... ¡Una mujer con veinte senos! Ruperto canta de nuevo y yo descubro una hoja verde, con sus nervaduras, luego una mano humana, con las suyas, todo parece entrelazado. Descanso. Asumo que es imposible acordarse de todo».

Poco a poco, las imágenes se van difuminando. Me siento agotado. Un poco después de medianoche, me quedo dormido.

LOS ANTROPÓLOGOS Y LOS CHAMANES

El principal enigma con el que me enfrenté en el curso de mi investigación sobre la cultura y el dominio ecológico de los asháninca fue el siguiente: estas gentes de talante extremadamente práctico, que viven casi en autarquía en la selva amazónica y que responden con franqueza a mis preguntas, afirman que sus extraordinarios conocimientos botánicos provienen de las alucinaciones inducidas por ciertas plantas. ¿Cómo es posible?

Esta cuestión resultaba de lo más intrigante, pues el saber de los pueblos indígenas de la Amazonia no había cesado de asombrar a los etnobotánicos, como ilustra la propia composición química de la ayahuasca. En efecto, esta mixtura alucinógena, conocida desde hace milenios, es una combinación de dos plantas. La primera contiene una hormona que el cerebro humano produce de manera natural, la dimetiltriptamina, que, sin embargo, resulta